

Redención por sangre

“Sabéis que fuisteis rescatados no con cosas corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Ped. 1:18, 19).

El derramamiento de Su sangre fue la culminación de los sufrimientos de nuestro Señor. La eficacia expiatoria de esos sufrimientos estuvo en esa sangre derramada. Por lo tanto, es de gran importancia que el creyente no se conforme con la mera aceptación de la bendita verdad de que es redimido por esa sangre, sino que prosiga hacia un conocimiento más completo de lo que significa esa declaración y aprenda lo que esa sangre tiene el propósito de hacer en un alma entregada.

Sus efectos son múltiples, pues leemos en las Escrituras acerca de *la reconciliación* por medio de la sangre, de *la limpieza* por medio de la sangre, de *la santificación* por medio de la sangre, de *la unión con Dios* por medio de la sangre, de *la victoria* sobre Satanás por medio de la sangre, de *la vida* por medio de la sangre.

Éstas son bendiciones separadas, pero todas están incluidas en una sola frase: *redención por La Sangre*.

Sólo cuando el creyente entiende cuáles son estas bendiciones y por qué medios pueden llegar a ser suyas, puede experimentar el pleno poder de *la redención*.

Antes de pasar a considerar en detalle estas diversas bendiciones, investiguemos primero, de manera más general, acerca *del Poder de la Sangre de Jesús*.

1º **¿En qué reside el poder de aquella sangre?**

2º **¿Qué ha logrado ese poder?**

3º **¿Cómo podemos experimentar sus efectos?**

I. *¿En qué radica el poder de esa Sangre? ¿O qué es lo que da a la sangre de Jesús tal poder? ¿Cómo es que sólo en la sangre hay poder que no posee ninguna otra cosa?*

La respuesta a esta pregunta se encuentra en Levítico 17:11: “La vida de la carne en la sangre está” y “Yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación por la persona”.

Es porque el alma, o la vida, está en la sangre; y porque la sangre es ofrecida a Dios en el altar, tiene en ella poder redentor.

I. El alma o la vida está en la sangre, por lo tanto el valor de la sangre corresponde al valor de la vida que está en ella.

La vida de una oveja o de una cabra es de menos valor que la vida de un buey, y por eso la sangre de una oveja o de una cabra en una ofrenda es de menos valor que la sangre de un buey (Lev. iv. 3, 24, 27).

La vida del hombre es más valiosa que la de muchas ovejas o bueyes.

¿Y ahora quién puede decir el valor o el poder de la sangre de Jesús? En esa sangre habitó el alma del santo Hijo de Dios.

La vida eterna de la Deidad fue llevada en esa sangre (Hechos xx. 28).

El poder de esa sangre en sus diversos efectos no es nada menos que el poder eterno de Dios mismo. ¡Qué pensamiento tan glorioso para todo aquel que desee experimentar el pleno poder de la sangre!

ii. Pero el poder de la sangre reside por encima de todo en el hecho de que es ofrecida a Dios en el altar para la redención.

Cuando pensamos en la sangre derramada, pensamos en la muerte; la muerte sigue cuando la sangre o el alma se derraman. La muerte nos hace pensar en el pecado, porque la muerte es el castigo del pecado. Dios le dio a Israel la sangre sobre el altar, como expiación o cobertura por el pecado; es decir, los pecados del transgresor fueron puestos sobre la víctima, y su muerte fue considerada como la muerte o el castigo por los pecados que recaían sobre ella.

La sangre era, pues, la vida entregada a la muerte para satisfacer la ley de Dios y en obediencia a su mandato. El pecado estaba tan completamente cubierto y expiado que ya no se consideraba como obra del transgresor, sino que éste era perdonado.

Pero todos estos sacrificios y ofrendas eran sólo tipos y sombras hasta que vino el Señor Jesús. Su sangre era la realidad a la que apuntaban estos tipos.

Su sangre era en sí misma de valor infinito, porque llevaba Su alma o vida. Pero la virtud expiatoria de Su sangre era también infinita, por la manera en que fue derramada. En santa obediencia a la voluntad del Padre, se sometió a la pena de la ley quebrantada, derramando Su alma hasta la muerte. Por esa muerte, no sólo se llevó la pena, sino que la ley fue satisfecha y el Padre fue glorificado. Su sangre expió el pecado y, de ese modo, lo hizo impotente. Tiene un poder maravilloso para quitar el pecado y abrir el cielo para el pecador, a quien limpia, santifica y hace apto para el cielo.

Es por causa de la Persona Maravillosa cuya sangre fue derramada, y por la manera maravillosa en que fue derramada, cumpliendo la ley de Dios, al mismo tiempo que satisfacía sus justas demandas, que la sangre de Jesús tiene un poder tan maravilloso. Es la

sangre de la Expiación, y por lo tanto tiene tal eficacia para redimir, logrando todo lo necesario para la salvación, para y en el pecador.

II. Nuestra segunda pregunta es: *¿qué ha logrado ese poder ?*

Al ver algunas de las maravillas que ese poder ha realizado, nos sentiremos alentados a creer que puede hacer lo mismo por nosotros. Nuestro mejor plan es observar cómo las Escrituras se glorían en las grandes cosas que han sucedido mediante el poder de la sangre de Jesús.

I. *La Sangre de Jesús ha abierto el sepulcro .*

Leemos en Hebreos xiii. 20 “Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, *por la sangre del pacto eterno*”.

Fue por la virtud de la sangre que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos. El poder omnipotente de Dios no se ejerció para resucitar a Jesús de entre los muertos sin la sangre.

Él vino a la tierra como fiador y portador del pecado de la humanidad. Fue únicamente por el derramamiento de Su sangre que Él tuvo el derecho, como hombre, de resucitar y obtener la vida eterna mediante la resurrección. Su sangre había satisfecho la ley y la justicia de Dios. Al hacerlo, había vencido el poder del pecado y lo había reducido a nada. Así también, la muerte fue derrotada, pues su aguijón, el pecado, había sido quitado, y el diablo también fue derrotado, quien tenía el poder de la muerte, habiendo perdido ahora todo derecho sobre Él y sobre nosotros. Su sangre había destruido el poder de la muerte, el diablo y el infierno. *La Sangre de Jesús ha abierto la tumba* . El que verdaderamente cree eso, percibe la estrecha conexión que existe entre la sangre y el poder omnipotente de Dios. Es únicamente por medio de la sangre que Dios ejerce Su omnipotencia al tratar con los hombres pecadores. Donde está la sangre, allí el poder de resurrección de Dios da entrada a la vida eterna. La sangre ha acabado completamente con todo el poder de la muerte y del infierno; sus efectos sobrepasan todo pensamiento humano.

ii. Nuevamente *la Sangre de Jesús ha abierto el Cielo* . Leemos en Hebreos ix. 22: Cristo “por su propia sangre entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención”.

Sabemos que en el Tabernáculo del Antiguo Testamento la presencia manifiesta de Dios estaba dentro del velo. Ningún poder del hombre podía quitar ese velo. Sólo el Sumo Sacerdote podía entrar allí, pero sólo con sangre, o con la pérdida de su propia vida. Esa era una imagen del poder del pecado en la carne, que nos separa de Dios. La justicia eterna de Dios guardaba la entrada al Lugar Santísimo, para que ninguna carne pudiera acercarse a Él.

Pero ahora nuestro Señor aparece, no en un Templo material sino en el verdadero. Como Sumo Sacerdote y representante de Su Pueblo, pide para Sí mismo, y para los hijos pecadores de Adán, una entrada en la presencia del Santo. “Que donde Yo estoy, ellos

también estén” es Su petición. Pide que el cielo se abra para cada uno, incluso para el mayor pecador, que crea en Él. Su petición es concedida. Pero ¿cómo es eso? Es por medio de la *Sangre*. Él entró *por medio de su propia Sangre*. *La Sangre de Jesús ha abierto el Cielo*.

Así es siempre y en todo tiempo, por la sangre, que el trono de la gracia permanece establecido en el cielo. En medio de las siete grandes realidades del cielo (Heb. 12:22, 24), sí, más cerca de Dios, el Juez de todos, y de Jesús, el Mediador, el Espíritu Santo da un lugar prominente a “*la sangre rociada*”.

Es el constante “hablar” de esa sangre lo que mantiene el cielo abierto para los pecadores y envía ríos de bendición a la tierra. Es a través de esa sangre que Jesús, como Mediador, lleva a cabo, sin cesar, su obra de mediación. El Trono de la gracia debe su existencia siempre y para siempre al poder de esa sangre.

Oh, el maravilloso poder de la sangre de Cristo 1 Así como ha abierto las puertas de la tumba y del infierno para dejar salir a Jesús y a nosotros con Él, así también ha abierto las puertas del cielo para que Él y nosotros con Él entremos. La sangre tiene un poder todopoderoso sobre el reino de las tinieblas y el infierno que está abajo, y sobre el reino de los cielos y su gloria arriba.

iii. *La Sangre de Jesús es todopoderosa en el corazón humano*. Si es tan poderosa ante Dios y ante Satanás, ¿no es aún más poderosa ante el hombre, por quien fue derramada?

Podemos estar seguros de ello.

El maravilloso poder de la sangre se manifiesta especialmente en favor de los pecadores en la tierra. Nuestro texto es sólo uno de los muchos lugares de las Escrituras donde se enfatiza esto: “Fuisteis redimidos de vuestra vana conversación con la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:18, 19).

La palabra *redimidos* tiene un profundo significado. Indica particularmente liberación de la esclavitud, por emancipación o compra. El pecador está esclavizado, bajo el poder hostil de Satanás, la maldición de la Ley y el pecado. Ahora se proclama: “Sois redimidos por la sangre”, que había pagado la deuda de la culpa y destruido el poder de Satanás, la maldición y el pecado.

Allí donde se escucha y se recibe este anuncio, allí comienza la Redención, en una verdadera liberación de una manera de vida vana, de una vida de pecado. La palabra “*redención*” incluye todo lo que Dios hace por un pecador desde el perdón del pecado, con el que comienza (Ef. 1:14; 4:30) hasta la liberación completa del cuerpo por la Resurrección (Rom. 8:24).

Aquellos a quienes Pedro escribió (1 Pedro 1:2) eran “elegidos para ser rociados con la sangre de Jesucristo”. Fue la proclamación de la preciosa sangre lo que tocó sus corazones y los llevó al arrepentimiento, despertando en ellos la fe y llenando sus almas de vida y gozo. Cada creyente era una ilustración del maravilloso poder de la sangre.

Más adelante, cuando Pedro los exhorta a la santidad, sigue apelando a la preciosa sangre, en la que quiere fijar sus ojos.

Para el judío, en su justicia propia y su odio a Cristo, y para el pagano, en su piedad, había un solo medio de liberación del poder del pecado. Sigue siendo el único poder que efectúa diariamente la liberación de los pecadores. ¿Cómo podría ser de otra manera? La sangre que ejerció tan poderosamente su poder en el cielo y en el infierno, *es también todopoderosa en el corazón del pecador* . Es imposible que pensemos demasiado o esperemos demasiado del poder de la sangre de Jesús.

III. ¿Cómo *actúa* este poder ? Ésta es nuestra tercera pregunta. ¿En qué condiciones, bajo qué circunstancias, puede ese poder asegurar, sin impedimentos, en nosotros los poderosos resultados que se propone producir?

La primera respuesta es que, así como es en todas partes en el reino de Dios, *es por medio de la fe* .

Pero la fe depende en gran medida del conocimiento. Si el conocimiento de lo que la sangre puede lograr es imperfecto, la fe espera poco y los efectos más poderosos de la sangre son imposibles. Muchos cristianos piensan que si ahora, por la fe en la sangre, han recibido la seguridad del perdón de sus pecados, tienen un conocimiento suficiente de sus efectos.

No tienen idea de que las palabras de Dios, como Dios mismo, son inagotables, que tienen una riqueza de significado y bendición que sobrepasa todo entendimiento.

No recuerdan que cuando el Espíritu Santo habla de limpieza por medio de la sangre, tales palabras son sólo las expresiones humanas imperfectas de los efectos y experiencias por los cuales la sangre, de una manera inefablemente gloriosa, revelará su poder celestial de dar vida al alma.

Las concepciones débiles de su poder impiden las manifestaciones más profundas y perfectas de sus efectos.

A medida que buscamos descubrir lo que las Escrituras enseñan acerca de la sangre, veremos que la fe en la sangre, tal como ahora la entendemos, puede producir en nosotros resultados mayores que los que hasta ahora hemos conocido, y en el futuro, una bendición incesante puede ser nuestra.

Nuestra fe puede fortalecerse al observar lo que la sangre ya ha logrado. El cielo y el infierno dan testimonio de ello. La fe crecerá al ejercer confianza en la insondable plenitud de las promesas de Dios. Esperemos de corazón que, a medida que entremos más profundamente en la fuente, su poder purificador, vivificador y dador de vida se revelará de manera más bendita.

Sabemos que al bañarnos entramos en la relación más íntima con el agua, entregándonos a sus efectos purificadores. La sangre de Jesús es descrita como una “fuente abierta para el pecado y la inmundicia” (Zac. 13, 1). Por el poder del Espíritu Santo fluye a través del Templo celestial. Por la fe me pongo en contacto más íntimo con esta corriente celestial, me entrego a ella, dejo que me cubra y pase a través de mí. Me baño en la fuente. No puede retener su poder purificador y fortalecedor. Debo, con fe sencilla, apartarme de lo que se ve, para sumergirme en esa fuente espiritual, que representa la sangre del Salvador, con la seguridad de que manifestará su bendito poder en mí.

Así pues, con una fe infantil, perseverante y expectante, abramos nuestras almas a una experiencia cada vez mayor del maravilloso poder de la sangre.

ii. Pero hay todavía otra respuesta a la pregunta de qué más es necesario para que la sangre manifieste su poder.

Las Escrituras relacionan la sangre más estrechamente con el Espíritu. El poder de la sangre sólo se manifestará cuando el Espíritu actúe.

El Espíritu y la Sangre

En San Juan leemos que “tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres son uno” (1 Juan 5:8). El agua se refiere al bautismo para arrepentimiento y abandono del pecado. La sangre da testimonio de la redención en Cristo. El Espíritu es quien da poder al agua y a la sangre. Así también el Espíritu y la sangre están asociados en Hebreos.

ix. 14, donde leemos: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias?” Fue por el Espíritu eterno en nuestro Señor, que Su sangre tuvo su valor y poder.

Es siempre por medio del Espíritu que la sangre posee su poder vivo en el cielo y en los corazones de los hombres.

La sangre y el Espíritu siempre dan testimonio juntos. Donde se honra la sangre en la fe o en la predicación, allí obra el Espíritu; y donde obra, siempre conduce las almas a la sangre. El Espíritu Santo no podía ser dado hasta que la sangre fuera derramada. El vínculo vivo entre el Espíritu y la sangre no puede romperse.

Debemos notar seriamente que, si el pleno poder de la sangre ha de manifestarse en nuestras almas, debemos colocarnos bajo la enseñanza del Espíritu Santo.

Debemos creer firmemente que Él está en nosotros, llevando a cabo Su obra en nuestros corazones. Debemos vivir como quienes saben que el Espíritu de Dios realmente mora en nosotros, como una semilla de vida, y que Él llevará a la perfección los efectos ocultos y poderosos de la sangre. Debemos permitirle que nos guíe.

Por medio del Espíritu la sangre nos limpiará, santificará y nos unirá a Dios.

Cuando el Apóstol quiso despertar a los creyentes para que escucharan la voz de Dios, con su llamado a la santidad: “Sed santos, porque yo soy santo”, les recordó que habían sido redimidos por la preciosa sangre de Cristo.

Conocimientos necesarios

Ellos deben saber que han sido redimidos, y lo que esa redención significó, pero sobre todo deben saber que “no fue con cosas corruptibles como oro y plata”, cosas en las cuales no había poder de vida, “sino con la sangre preciosa de Cristo”.

Tener una percepción correcta de cuál era la preciosidad de aquella sangre, como poder de una redención perfecta, sería para ellos el poder de una vida nueva y santa.

Amados cristianos, esa declaración también nos concierne a nosotros. Debemos saber que somos redimidos por la sangre preciosa. Debemos saber acerca de la redención y de la sangre antes de poder experimentar su poder.

En la medida en que entendamos más plenamente qué es la redención, y cuál es el poder y la preciosidad de la sangre por la cual se obtuvo la redención, experimentaremos más plenamente su valor.

Acudamos a la Escuela del Espíritu Santo para ser guiados a un conocimiento más profundo de la redención a través de la sangre preciosa.

Necesidad y deseo

Para esto son necesarias dos cosas:

Primero: un sentido más profundo de necesidad y un deseo de comprender mejor la sangre. La sangre ha sido derramada para quitar el pecado. El poder de la sangre es anular el poder del pecado.

Por desgracia, nos conformamos demasiado fácilmente con los primeros indicios de liberación del pecado.

¡Oh, que lo que queda de pecado en nosotros nos llegue a resultar insoportable!

Que ya no nos contentemos con el hecho de que nosotros, como redimidos, pecamos contra la voluntad de Dios en tantas cosas.

Que el deseo de santidad se haga más fuerte en nosotros. ¿No debería el pensamiento de que la sangre tiene más poder del que sabemos y puede hacer por nosotros cosas mayores que las que hemos experimentado hasta ahora, hacer que nuestro corazón se llene de un fuerte deseo? Si hubiera más deseo de liberación del pecado, de santidad y de amistad íntima con un Dios Santo, sería lo primero que se necesitaría para ser conducidos más profundamente al conocimiento de lo que la sangre puede hacer.

Expectativa

Lo segundo seguirá.

El deseo debe convertirse en expectativa.

Cuando indagamos en la Palabra, con fe, sobre lo que la sangre ha logrado, debemos tener claro que la sangre puede manifestar todo su poder también en nosotros. Ningún sentimiento de indignidad, de ignorancia o de impotencia debe hacernos dudar. La sangre obra en el alma entregada con un poder de vida incesante.

Entrégate a Dios Espíritu Santo. Fija los ojos de tu corazón en la sangre.

Abre todo tu ser interior a su poder.

La sangre sobre la que se funda el Trono de la Gracia en el cielo, puede hacer de tu corazón el templo y el trono de Dios.

Refugio bajo la continua salpicadura de la sangre.

Pedid al mismo Cordero de Dios que haga eficaz la sangre en vosotros.

Seguramente experimentarás que no hay nada que se compare con el poder milagroso de la sangre de Jesús.